

Eso no lo han estudiado bien. Mire
usted el reglamento.

MANUEL CENTENO

Yo canto mejor cuanto más canto.

MANUEL TORRE

Lo flamenco es sublime o ridículo,
perfectamente asqueroso.

ANTONIO CHACÓN

¡Lapoteosis!

JUANA VARGAS, *LA MACARRONA*

GLOSARIO POR TODO LO JONDO

PRIMER

En el ángulo occidental de la Pampa argentina hay cinco ríos que llevan estos aplicados nombres: Primero, Segundo, Tercero, Cuarto y Quinto. Y no fue ningún topógrafo positivista ni un contable de grado elemental quien les impuso su ordinación inexpressiva. Lo hicieron los primeros europeos que anduvieron por allí, en tierras que hoy conforman la provincia de Córdoba, sin acordarse de los santitos del día ni rememorar, saudosos, algún lugar de España, romperse un poco la cabeza o preguntar a los indígenas si ya los tenían bautizados (así era: Suquía, Xanaes, Ctalamochita, Chocanchavara y Poposis). Sencilla y metódicamente, los exploradores iban jalonando su marcha, de norte a sur.

El de mayor caudal y más largo es el Cuarto, aunque, dependiendo de la estación del año y sus precipitaciones, esta categoría pueda ostentarla el Quinto. El Primero es, de hecho, corto y poco caudaloso, está bastante contaminado y muy mermado por el uso de sus aguas para el riego, pero es el que atraviesa la capital, Córdoba. Aun conociendo el origen práctico y perezoso de su nomenclatura, por el hecho de figurar, justamente, como el inicial de una serie, uno no puede dejar de preguntarse si no tendrá connotaciones en cierto modo ilustres: de primacía, de importancia o de favor.

Como ciertos mitos de nuestra cultura que remiten a un monte no especialmente majestuoso o a la aldea de un pastor griego, pero cuyas famas redimensionaron y estofaron los poetas. Por algo será el primero, se dice uno. Algo atesorará el primogénito cuando, en muchas culturas, se le respalda y bendice.

La idea que encierra el adjetivo *primero* o su apócope, *primer*, alude a tres estados orlados de prestigio. El básico es el de la preeminencia, y esta reclama siempre títulos, fueros, exenciones: de privilegio, de propiedad, de nobleza. Yo lo vi primero, yo lo poseí primero, dice su emblema. El emperador Carlos V, que también era primero, hacía emparentar su linaje con el de Hércules, y los Borbones se reclaman descendientes de la casa de David, la misma a la que pertenecía Jesús de Nazaret; así, sin complejos: atajos de quien puede hacia lo heroico, lo noble y lo santo de las dos grandes tradiciones que ligan a Occidente. En segundo lugar, exhibir, de todos, el título primero, es poner de manifiesto que se sobresale y se aventaja al resto, ya sea en calidad o en medida. Por último, la idea de *lo primero* se vincula a la de antigüedad en su sentido más positivo: aquello que se emplaza más cerca de los orígenes, unos orígenes que, en nuestra cultura, vienen impregnados de un mismo y apacible ideal de tramposa virtud. Edad de Oro, Elíseo, Arcadia o Edén.

El Primer Concurso de Cante Jondo, así, con mayúsculas descargadas a discreción, atravesó Granada, como el río Primero la Córdoba pampeana, durante la fiesta mayor

de la ciudad, el Corpus Christi, en el año de 1922. Antes, el flamenco se había batido en desafíos locales (Silverio convocó muchos y al parecer los ganó todos, en 1882 la Mejorana y Rita Ortega, *la Rubia*, se batieron al baile y la segunda, preñada, cayó exhausta y murió) o se habían abierto apuestas de pequeño formato en cafés, ventas y colmaos. Pero un concurso con cartelera, presupuestos ideológicos y farolillos, propaganda, jurdeles, jurado, marco incomparable y entreverado intelectual nunca se había convocado. Parte, pues, Granada con las apreciables ventajas de la progenitura y la acuñación de una marca.

La historia del flamenco, escrita a trompicones, con lagunas barrosas, meandros que parecen retroalimentarse y cauces secos, está escasa de hitos, de epígrafes, cuando no trufada de invenciones («Etapa hermética») o equívocos («Ópera flamenca»), de modo que, en ella, una marca lapidaria objetiva es siempre de agradecer. La Historia no puede vencer su atracción por la piedra cincelada, por eso esta muesca epigráfica, granadina y alhambrena, vale, además de su precio justo, su propia inflación.

CONCURSO

Perfectamente don Manuel de Falla, Miguel Cerón, Manuel Jofré, Federico García Lorca o Andrés Segovia hubieran podido elegir otro formato y otro vocablo y, con él, reclamado otros sentidos, pero los organizadores del primer gran evento flamenco publicitado y vocacional

de la historia escogieron ese: *concurso*. ¿Se les ocurrieron otros, ponderaron más conceptos y, con ellos, diferentes modelos? *Muestra, certamen, asamblea, congreso, exposición, simposio, encuentro, festival, reunión, cabildo, exhibición*. De manera seguramente inopinada, aunque decisiva, ya desde el nombre, aquella dieta de dos días, 13 y 14 de junio, quedó sentenciada por la semántica. No hay duda de que un concurso es un encuentro. Tampoco la hay de que es una competición. En la voz latina, *concursum*, coexistían ya idénticas tensiones. A la acepción centrípeta (convergencia o asamblea de gente) se enfrentaba otra centrífuga (ataque, cargo, asalto) y se sobreponía una tercera, que podríamos calificar como ignífera (tumulto). Todo eso fue el I Concurso de Cante Jondo de Granada: una confluencia, una pugna y las inflamaciones que originó.

Los nombres que administramos no son inocentes, al *logos* gracias. Con ellos honramos al pasado, seguimos o glosamos las tendencias del presente o hacemos prospecciones de futuro. Un vocablo elegido entre una multitud arroja cierta luz sobre intenciones y claves, ostensibles o latentes, que no deberíamos desestimar. En el caso del 22, a la idea de encuentro se añaden en la palabra concurso dos conceptos crudos y belicosos, el de oposición y el de rivalidad, nociones caras al mundo profesional y al liberalismo, en el que toda competencia viene ligada a la idea de competición. Parte de un talento que hay que demostrar; a este le asisten preparación

y estudio aplicados; la autoevaluación, el cálculo de lo que se puede y lo que se desea, se impone como condición invariable (y generadora de variables ansiedades); la adecuación a unas premisas y la evidencia de unos méritos se exhiben públicamente; por último, un consejo de notables dicta su fallo; esa estimación generará trofeos, una clasificación, jerarquías. Un proceso de intrínseca violencia cotidiana consustancial al sistema capitalista y su modelo de producción, coincidente en poco con lo artesanal y rural, lo tradicional y *amateur*, tocante a algo muy diverso: el inagotable ofertarse, medirse y verificarse de la modernidad, el profesionalismo y su tasación en el mercado. Vivir, sobrevivir, competir: perder y ganar. Qué lejos del Edén jondo, de su virtud idílica.

DE CANTE

El concurso no engañaba en cuanto a lo que consideraba sustancial y consustancial: el cante. Acompañado de toque, claro está. Adornado de bailes, por qué no. Pero el torneo era de cante. Porque el cante era el alfa y el omega. El cante organizaba para ellos el árbol, y lo ha seguido haciendo después, a través de los postulados neojondistas, aunque a veces los botánicos no se pusieran muy de acuerdo o enmarañaran, como el jazmín añoso, sus ramas. El cante, como el concurso, era lo originario, lo radical, pero exclusivamente el que sonaba antiguo y se refugiaba lejos de la corruptora ciudad.